



Homero Arce: "El Árbol y Otras Hojas"

HERNÁN DEL SOLAR

Hace cuatro años, en edición bilingüe —la versión portuguesa es de Thiago de Mello— apareció en Cadermos Brasileiros de Poesia una obra de Homero Arce: "Los íntimos metales". Tenía el libro una novedad que se comentó afablemente; lo ilustra Pablo Neruda, dibujante de mano imaginativa e ingeniosa. Se admiraron los dibujos —línea simple, suelta, de artista niño premiado— y los versos afirmaron que el poeta era de buena estirpe. La edición era corta. Muchos quedaron con la curiosidad de darle al dibujante una mirada y al poeta una atención que, a juicio de entendidos, se merecía ampliamente.

Vuelve a estar ante nosotros Homero Arce. Se nos aparece con un montón de sonetos de cuidada factura, intimidad armoniosa, vida noblemente vivida. Porque es el caso que cada poema, cada estrofa, hasta se diría que cada verso no hacen sino proyectar con pureza algún aspecto de la sensibilidad de un hombre que dignifica su existencia dándole amor a toda cosa y solidaridad a sus semejantes. Sus palabras vienen de lo hondo del espíritu a poner en el soneto el ritmo preciso de una emoción rumorosa. Se le siente latir, animar la música verbal de esta poesía bellamente desnuda, liberada de toda intención que no sea la de unir con firmeza duradera realidad y sueño.

Si en el libro anterior le acompañaba el ilustrador Neruda, recién aparecido, en éste le saluda el Neruda de los grandes versos universales. Le dice: "A tu lado es pequeña el arrogante, es pobre el rico, y es tu honor constante ser secreto y sonoro, como el viento". En seguida, otro Premio Nacional de Literatura, Juvencio Valle, le celebra cordalmente su condición de amigo y su arrebatado de enahoracado de cuanta musa pasa cerca de su corazón. No bien termina Juvencio de manifestarle su deseo de que Venus le ampare siempre, un poeta iguazú, Ramón Albarracín, le alaba la guitarra andina, que canta con acento antiguo y nuevo el enigma de las viejas cosas; luego, el poeta popular Salomón Cornejo le ve pasar por Rancagua y con gracejo lírico le ofrece el buen vino de la tierra; y se termina la manifestación amistosa con un soneto

bailarín, con estrambote, de Antonino Ruiz, jugador de palabras gráciles que dejan eco de maldadina. Pero si esta prestigiosa compañía está con el poeta a la entrada del libro, en las páginas de solida se halla Homero Arce con el crítico Edmundo Concha, el cual sabe con gran conocimiento de la poesía (demostrado incontables veces) decirle justicieramente lo que significa su libro. "La inspiración de Homero Arce —leemos— no sufre ningún memento. bo dentro de la rigida estructura del soneto. Los calores versos de rigor, que para algunos semejan otros tantos barretes encareñadores, a él le alcanzan al justo para decir con soberana libertad cuanto quiere, conforme a un desarrollo orgánico y gradual que generalmente termina con una nota de superior resonancia. El lenguaje que usa es el de todo; los días, el que ofrece el exacto tono de la naturalidad, sin que jamás comparezca algún vocablo sólo para atender la perentoria necesidad de la rima. Tanto es así que si se leen de corrido estos versos, no se advierte el linda preestablecido que los contiene".

Poetas y crítico reciben al libro y a su autor, como claramente vemos, con espontánea simpatía y juicio justo. Así será acogido también, no lo dudamos, por cada uno de los lectores, que en estas paginas encontrará a un hombre que vive su poesía integralmente, lo cual quiere decir que hallará una poesía en la secreta actividad de forjar a su creador.

El soneto, nadie lo ignora, es exigente, impone su voluntad y sin gran esfuerzo atrapa en sus calores tentáculos, presionándolos mortalmente, a muchos que se acercan a él con presunción de pescadores de poesía de las profundidades. Tanto poeta murió en la aventura que poco a poco le huyeron los líricos. Alejándose de él —y para no confesar la derrota— juraron que el soneto era juego anodino, cosa de ensamblar rimas, nada más, y que la auténtica poesía se negaba a brincar de los dos cuartetas iniciales al par de tercetos del fin de la fiesta. Pero al cabo de prolozadísimo aislamiento, de pronto los poetas —en estos días— vuelven a rumboar hacia el soneto con claras manifestaciones de aventureros que confían en su destreza. Nas-

otros, los espectadores de la poesía que nace y muere, no podemos dejar de ver cómo de nuevo se ensaya el soneto y cómo éste, encrespando la cola, se vuelve un alacrán que no perdona. Se escriben sonetos con una abundancia incontentible y desde ellos, como desde una altura, se ven las cruces de los poetas fallecidos.

Homero Arce ha aprendido, escribiéndolos, a descifrar la naturaleza de la poesía. Sabe que a nadie se entrega con facilidad, que vive oculta y se resiste al ser descubierta. Para llegar a ella y avasallarla hay que convencerla hablándole un idioma particular, en el que todas las palabras —relacionadas con las cosas del mundo y con los hombres— se vuelven de pronto las cosas mismas, son el hombre mismo, son la invitación a la entrega, que la poesía admite para darse a las palabras, al que las dice, al que las oye. Nunca está la poesía en las cosas. Es el poeta quien debe otorgárselas. Bien lo sabe Homero Arce, para quien el soneto es un objeto al que la poesía da la medida exacta de cada uno de los versos y la belleza que el poeta ha encontrado en su viaje por la vida y por su alma.

Disciplinadamente, conocedor de la ciencia del verso —que es expresión vital del hombre en su búsqueda de sí mismo—, Homero Arce reúne sus sonetos y los publica únicamente cuando, tras examen asustado por rigurosa conciencia, advierte que de veras significan lo que él piensa, siente, experimenta, desea, ama en el cotidiano ejercicio de vivir. Para él, un soneto no encierra; siente que abre, más bien, hacia ese costado del enigma que todo poeta quiere frecuentar, para vivirlo y expresarlo.

En este hermoso libro, los temas son numerosos. En todos, a través de una factura plenamente conseguida, de una musicalidad interior, de una gracia permanente, Homero Arce se muestra el poeta que descubrió a la poesía y después de convencerla se la trajo con mano de amante dichoso a cada uno de los sonetos de la obra, para embellecer con ella los paisajes de la vida, las más personales reflexiones, los sentimientos que le dan a las cosas del mundo un resplandor que las transmuta en objetos duraderos.

Homero Arce: "El árbol y otras hojas" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homero Arce: "El árbol y otras hojas" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile